

2020-12-01

Sobre la educación exclusiva y excluyente

Daysi Velásquez Aponte

Universidad de La Salle, Bogotá, dayvelasquez@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

Velásquez Aponte, D.. (2020). Sobre la educación exclusiva y excluyente. *Actualidades Pedagógicas*, (75), 9-12. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.vol1.iss75.1>

This Editorial is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Actualidades Pedagógicas* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

<https://doi.org/10.19052/ap.vol1.iss71.11>

Editorial

Sobre la educación exclusiva y excluyente

Cómo citar: Velásquez Aponte, D. (2020). Sobre la educación exclusiva y excluyente. *Actualidades Pedagógicas*, (75), 9-12. <https://doi.org/10.19052/ap.vol1.iss75.1>

El 2020 puso en evidencia la crisis de la educación, y varios investigadores han venido estudiándola desde distintas perspectivas. En las publicaciones científicas hay suficiente evidencia sobre los aportes que se han hecho, especialmente, acerca de los procesos de enseñanza-aprendizaje para las nuevas generaciones, en los modelos tecnológicos recientes, y las competencias necesarias para el desempeño de las nuevas posibilidades que el mercado va indicando. Ni hablar de la marcada línea de investigación acerca de la innovación educativa, que ha venido repuntando.

Ahora bien, las comunidades académicas y científicas se han empeñado en desarrollar las habilidades STEM (*science, technology, engineering and math*), con propuestas que buscan implementar herramientas que generen mayor desarrollo en las comunidades, así como mejorar las posibilidades de uso y apropiación de las tecnologías que se producen segundo a segundo. Sin embargo, las evidencias han demostrado que las políticas educativas son insuficientes y la destinación presupuestal es poco coherente con las metas, a veces inalcanzables, que buscan distintos planes de gobierno en todas las latitudes. La realidad constatada es que los maestros carecen de formación, que en cientos de regiones las innovaciones tecnológicas son un tema de artefactos, pero no de conocimientos, y que las necesidades contextuales apremian la implementación de otro tipo de habilidades más humanas, es decir, menos objetuales y más subjetivas.

Por estas razones, los lugares de gestión y circulación del conocimiento han de servir para marcar líneas de investigación y evidenciar los aspectos sobre los cuales falta ahondar, pero también, para poner en debate las contrariedades que se palpan en la realidad, en este caso la escolar, que puede ser tan múltiple y aguda con el paso del tiempo. Varios de los investigadores neófitos se empeñan en responder a los proyectos institucionales en curso,

pero muy pocas publicaciones se nutren de ejercicios reflexivos que puedan dar hondura y peso a esos análisis que, en ocasiones, no pasan de ser una respuesta más al mismo problema estudiado durante décadas.

Que la ciencia y la academia abran el debate es un deber. Pero, cuando el punto de vista se fija exclusivamente en la capa superficial de la novedad, pone a los docentes —sobre todo a los que investigan— en un margen en el que los escasos recursos limitan sus resultados a casos aislados de experiencias exitosas. Estos maestros hacen parte de esa pequeña esfera de la educación exclusiva, en la que hay quienes piensan seriamente la educación, por ejemplo, aquellos que atienden a población vulnerable, o los que sobrepasan las barreras de los lineamientos curriculares, las cartillas que los estados establecen como mínimo común, y los contenidos obsoletos con los que se pretende educar, y, de estas maneras, logran transformar comunidades, sin condiciones para investigar. Sin embargo, esta educación se hace exclusiva porque en ella están inmersos unos pocos estudiantes, unos cuantos maestros y algunas familias que se han sintonizado con el proyecto que el maestro lidera, y que, ocasionalmente, un directivo apoya. Se hace exclusiva porque atiende un pequeño, pero renovado puñado de aprendices que cambiará la forma de ver el mundo.

10



Tal como en las comunidades escolares con las que trabajó Freire, Iván Illich o la misma Montessori —que no son la masa ni la totalidad—, estos pequeños destellos ayudan a cerrar brechas en el conocimiento esencial y, a veces también, del conocimiento tecnológico. Estas pequeñas villas, escuelas, aulas, maestros o grupos de investigación que se infiltran en las grandes instituciones se distancian del modelo de la inmediatez de los resultados (y los puntajes), para aprovechar las características del dinámico proceso de enseñanza y aprendizaje, las nuevas dinámicas culturales, y los usos y posibles transformaciones de la tecnología a su servicio. Asimismo, fomentan la lectura crítica de textos, imágenes, sonidos, de las formas propias de otro código lingüístico que apenas comprendemos, para así afianzar las labores de los investigadores, agudizar su sentido de observación, propiciar la formación de un criterio a partir de cuestionamientos, y gestionar la información desde diversas fuentes y sistemas para ampliar su perspectiva sobre los intereses que lo convocan, tal como resolver en pequeño, con solidez y unidad, asuntos que parecen menores, pero que inician un nuevo ciclo cada vez que se da respuesta a una pregunta original.

La educación excluyente es aquella masiva que dejó por fuera a los estudiantes, no porque no los acoja en las aulas o no les provea un pupitre o un computador, aunque sean estas las formas de exclusión más denotadas en las investigaciones sobre (in)equidad o desigualdad y brechas sociales que se palpan en la escuela, aquí se hace referencia al tipo de educación que olvida al ser humano, lo expulsa del aula, le prohíbe pensar, expresarse, ser. Las corrientes “freirianas” con las que siguen asaltando a los maestros en formación que se toman el tiempo de leer, comprender y pensar en el aprendizaje con otros, aún son solo corrientes, pues los movimientos apabullantes del mercado las dejan inmersas en la marea.

La educación excluyente aún a los docentes dedicados a la “dictadura de clase”, aquellos cómodos que se quedan esperando que alguien resuelva los problemas de la escuela y les lleve la receta mágica. Aunque sé que algunos estudiantes, maestros y directivos se pueden sentir aludidos o descalificados, hay que asumir la realidad. El año de la pandemia evidenció que los avances tecnológicos son útiles si hay un pensamiento, posturas críticas o maestros que salgan de la lógica de dictar, enunciar y declarar su omnipotente conocimiento, si hay forma de sustentar las acciones emprendidas. La escuela ha replicado las desigualdades sociales y económicas —tal como lo hemos visto en tantos ejemplos públicamente conocidos—, por lo que no puede simplemente dedicarse a transmitir, porque eso la hace excluyente. Aún en países como Uruguay, Costa Rica o Chile, donde se vienen trabajando desde hace décadas planes de educación mediada por tecnología, estos modelos han demostrado ser insuficientes, por cuanto los ingentes esfuerzos no logran dar cobertura al 100 % de la población, ya que se deja por fuera a los más vulnerables, lo que evidencia una vez más su carácter exclusivo, pues favorece siempre a los mismos.

Pero más allá de este asunto de conectividad y redes tecnológicas —tema suficientemente expuesto en diversos foros, eventos internacionales, etc.—, el asunto de fondo sigue siendo el mismo: la comprensión de la pedagogía, un cambio de perspectiva que vea a la escuela como un ser vivo y no como un agente inerte al que se le endilga la responsabilidad de salvar a la sociedad de todos los vericuetos a los que los cambios de los tiempos nos van llevando. De igual modo, el desinterés y la deserción escolar han de llamar la atención de los nuevos campos de investigación, pues, si no se apela a las universidades para profesionalizar, ni a las instituciones de educación básica y media para educar ¿a quién se acude hoy?, ¿es suficiente

la información que circula en internet, más aun, en las redes sociales, para que la nueva generación se eduque, informe y entretenga?, ¿qué nuevos indicadores hablarán de calidad de un sistema educativo si las pruebas estandarizadas ya no son presentadas masivamente?, ¿qué otros criterios de selección serán relevantes al momento de evaluar las competencias profesionales?, ¿qué elementos serán necesarios para subsanar las brechas que detectan las nuevas deficiencias en lo más elemental y básico de la lectura y la escritura?, ¿cómo cotejar el capital cultural para que la formación de educadores y educandos se enriquezca en vez de anularse mutuamente?

Si el cambio de siglo no había dado nuevas luces sobre el camino investigativo, el año 2020 ha delatado todo lo que el sistema educativo viene reclamando a las políticas estatales, las relaciones sociales y los estudios culturales. Asimismo, poco o nada se podrá decir de las nuevas generaciones si no se estudia el fenómeno actual con lentes inter y transdisciplinarias, o si las prácticas investigativas no se hacen más participativas, colectivas e intersectoriales. Pese a que de esto se viene hablando hace décadas en todos los eventos educativos, en la realidad se ha generado una educación que es permanentemente exclusiva y excluyente.



Daysi Velásquez Aponte
Editora